

Viajando en el furgón de cola del tren de la salud

Estrechando lazos profesionales intergeneracionales para dignificar nuestra profesión.

Lic. Patricia Yanil Cerveri

Licenciada en Psicología, egresada de la Universidad Nacional de La Plata en el año 2003, creadora y coordinadora del taller vivencial “Con las Palabras” entre 2006 y 2009, realizado en la Facultad de Bellas Artes y en el Centro Cultural “Meridiano V” de la ciudad de La Plata.

Resumen: Hijos de una generación de profesionales desaparecidos, se hace imprescindible aparecer, para resignificar nuestro rol profesional, construyendo más lazos entre los colegas y así unir generaciones, instaurar sentido de pertenencia, intercambiando saberes que otorguen de una vez y para siempre dignidad a nuestro trabajo.

Summary: Sons of a generation of professionals missing, it is essential to appear to give new meaning to our professional role, building more links between colleges and thus unite generations, establish a sense of belonging, sharing knowledge that granted once and for all dignity to our work.

Palabras clave: Desaparición vs. Aparición. Rol profesional desdibujado. Legitimidad-legalidad. Sentido de pertenencia. Transmisión de saberes. Empleo digno.

Keywords: Disappearance vs. appearance. Blurred professional role. Legitimacy-law. Sense of belonging. Transmission of knowledge. Decent jobs.

Gato de Chesire, comenzó ella algo tímidamente... ¿me dirás por favor, que camino debería tomar para ir desde aquí?

—Eso depende mucho de dónde usted quiera ir —dijo el gato.

—Poco me preocupa dónde ir —contestó Alicia.

—Entonces nada importa que camino tome —replicó el gato.

—Alicia en el País de la Maravillas (Lewis Carroll)

¿Cualquier cosa que de algún modo nos permita estar...?

En el año 1994 ingresé con 17 años de edad al curso nivelatorio de la Universidad Nacional de La Plata, aún no teníamos independencia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, el lado derecho pertenecía a la carrera de Derecho y el izquierdo a los profesoradores del área Humanística, nunca supe “cual era nuestro propio lugar”, ni chicha ni limonada. Al cabo de aproximadamente dos años me enteré que había estudiantes comprometidos con la necesidad de tener una facultad propia, cada vez había más inscriptos y cursábamos muchas de las clases teóricas sentados en el piso por falta de ban-

cos, fuera del aula o en el peor de los casos en la calle debido a un paro, yo me tomaba el micro una hora antes para asegurarme “mi espacio”. Cada día sabía que mi objetivo era recibirme y no debía involucrarme en “cosas raras” —cuestiones políticas o militancia— porque traían graves problemas; de hecho se conocía que la facultad había estado cerrada durante varios años, estudiantes y egresados de la carrera habían sido desaparecidos por “opinar y cuestionar lo que estaba dado”.

Fuimos formados junto con otros colegas de esa generación en una especie de presente sin relación con el pasado, hijos de la dictadura, internalizamos el miedo y el silencio como una cuestión de supervivencia, pues es de público conocimiento que muchos psicólogos platenses desaparecieron literalmente y muchos otros al día siguiente habían entregado sus carnets, una cuestión de vida.

Empezamos un recorrido profesional desdibujado, que actualmente sigue siendo no reconocido plenamente en sus derechos y más allá de los grandes logros en cuestión de legitimidad/legalidad, todavía queda mucho por hacer en los distintos ámbitos de inserción profesional en cuanto a nuestro rol, como así también en el imaginario colectivo. Aún hoy, muchos legos y no legos osan preguntar si es una práctica real que tiene efectos en la clínica, la idoneidad para ocupar determinados cargos, en algunas

pasantías se contradice el objetivo de formación con la búsqueda de los profesionales recién egresados con más experiencia y ad honorem; en Educación se desconoce si estamos capacitados para dictar Antropología Cultural y Social, Filosofía o Construcción de la Ciudadanía en escuelas secundarias, es más, si llegamos a formar parte de los gabinetes de los colegios públicos o privados (si es que lo tienen conformado), “todos somos” orientadores educacionales (psicopedagogos, trabajadores sociales, sociólogos, psicólogos, etc.). “Estamos y no estamos”, seguimos muchas veces aceptando dádivas, como bien recuerdo decía Juan Carlos Domínguez Lostaló en su libro No-Temas, a principios del año 1997: “De algo hay que vivir dijo el payador”.

Casi tocando el palo de los cuarenta años de edad cronológica —y a doce años de recibida— resurge mi necesidad de reencontrarme con mi condición de Licenciada en Psicología, y en esta búsqueda por “mi nombre”, la presencia es crucial en tanto nada más ni nada menos que construir o reconstruir nuestra “Identidad en derechos para que no nos resulte en primer lugar confusa a nosotros mismos” en los distintos lugares laborales, que no sobran. Por eso considero una cuestión vital la presencia y participación de cada uno de nosotros en cada decisión que nos haga eco, “aparecer para no desaparecer”, nombrarnos, interesarnos por las historias laborales de cada uno de nosotros, como memoria y punto inicial de reflexión para insistir en ejercer nuestra profesión como corresponde, avalada por más leyes que conviertan lo legítimo en legal, para así mantener y ampliar un marco referencial inclusivo en nuestro Colegio, como fundamento y respaldo, como unidad viva y activa que genere —generemos— encuentros para que alguna vez y por fin a la historia no la escriban los que siempre ganan.

Insisto con las palabras “presencia”, “participación”, “representación”, “creación”, “intercambio de saberes” de todos y cada uno de nosotros. Debemos ocupar los lugares que nos pertenecen, ya no existe la distancia detrás del mostrador para plantear con tanta formalidad las necesidades urgentes que nos identifican, hacer una red de lazos entre nosotros mate hospitalario de por medio, que se da, como el trigo y el amor, uniendo generaciones, experiencia, acompañando como una especie de tutores para los que recién empiezan, para los que queremos recomenzar... ese más allá que se hace un más acá vital, que cuando tocamos la puerta nos invita a pasar con una sonrisa pero con la boca abierta. Ese algo que tiene que ver con el afecto y el sentido de pertenencia, donde la disidencia no pierde el sentido de justicia como foro, en tanto dispositivo que surge en función de la emergencia de la salud mental del trabajador de la salud mental, que posibilita resignificar la calidad y

calidez de participación grupal.

Teniendo en cuenta la complejidad de la sociedad actual, es imposible retornar a aquellas primeras formas sociales de los grupos primigenios, en las cuales debían organizarse para evaluar de alguna manera un comportamiento después de haberse sentido en riesgo, en la cual los miembros se ubicaban en círculo, frente a frente, mirada con mirada, escuchando y hablando, para que las soluciones florezcan desde el grupo mismo que las considera y juzga. Desde el paradigma humanista se rescata el uso de los “dispositivos de participación comunitaria” para el tratamiento de la cosa pública en general, desde un enfoque no discriminatorio que incluya a todos en la producción del acto de justicia, ocupando el lugar de voz y voto. Cada cosa que van diciendo cada una de las personas que componen el espacio, despierta en los otros participantes sensaciones emocionales que se van sumando como fundamentos que no provienen de nuestro propio aparato psíquico, más como participantes implica una mayor capacidad de escucha y una mayor posibilidad de emitir nuestra propia palabra. Mi propia palabra, como la de todos, siempre teñida por mi historia, y desde allí dar respuestas válidas como forma de resolver cualquier conflicto de la manera lo menos lesiva y lo más consensuada posible.

Por ende reivindico al Colegio como nuestro lugar, nuestro lugar de “presencia versus desaparición”, de escucha, de diálogo, de foro, del cara a cara, frente a frente, mirada con mirada, conocimiento y reconocimiento, recorridos laborales personales, obstáculos, retrocesos, avances, cooperación... una invitación subjetiva, dejando de lado excusas o prejuicios, que va desde la superficie a la esencia, un lugar nuevo, un instante creativo para liberar creativities. Una casa nuestra en la cual nos conozcamos y difundamos en un intercambio al estilo “merienda de amigos” para compartir los discursos de todas las generaciones, para hacer historia en mesas redondas mensuales, hay mucha tela para cortar.

Hoy hemos avanzado, la Facultad de Psicología ya tiene su propio edificio. Entre otros tantos logros, el 16 de mayo de este año se constituyó la Asamblea General Extraordinaria, en la que se aprobaron por unanimidad los tres puntos de la orden del día:

> Revocar el mandato de la Asamblea Extraordinaria del año 2006.

> Solicitar al Consejo Superior la administración del actual convenio con IOMA.

> Aprobar el reglamento de funcionamiento interno del Tribunal de Disciplina.

Lo legítimo tarde o temprano da lugar a lo legal, pero más allá de las formalidades imprescindibles, las “reuniones informales” abren, descontracturan, dan la oportunidad de conocernos personalmente y ahondar en la búsqueda interna de cada uno con nuestra vocación como una creación única, en la cual un colega con más experiencia nos guíe —para después nosotros guiar— logrando juntos ese espacio de trabajo profesional digno, desde lo que cada uno necesita y a su vez nos necesitan; formar redes en las que alguien con mayor inserción laboral forma y ayuda al colega con menor inserción laboral, realizándolo con compromiso y dejando su trabajo y su legado, para que sea continuado y a su vez se renueve permanentemente en ideas hechas proyectos y proyectos hechos actos.

Y sigo deseando. Y sigo soñando con la dignidad de sentir que cada uno de nosotros algún día no muy lejano vamos a llegar a SER desde lo que elegimos plenamente, para eso se hace necesario estar más cerca como colegiados. En este camino estamos, sabemos dónde queremos llegar, yo por mi parte sigo llamando, sigo buscando, alguien coincidirá en más de un símbolo de mi universo: una nota musical, una emoción, un recuerdo. La memoria puede viajar las estaciones, el silencio generar ansias y aceptar la tristeza de haber vivido alguna vez en el desamparo, pero ahora siento, palpito por la noche del éter, con mi lámpara tenue, el festival multitudinario de luciérnagas danzando unánimes, en la espesura más profunda de la oscuridad, muy pero muy lejos del anonimato.



Oswaldo Guayasamín